



VIVENCIAS Y RECUERDOS

Àngels Arias Cerdà

La sombra de la Guerra Civil nos acompañó durante varios años, ya que, después de ella, se vivió una larga posguerra.

Nací durante los últimos días de 1937, así es que soy una niña más de aquellas niñas/os grises de esa posguerra. Mis propias vivencias son, pues, las de esa larga etapa, muy dura y muy difícil. Para algunos, no tanto ya que a río revuelto, ganancia de pescadores, ya se sabe.

El miedo era el factor común en casi todos los rostros, y la pobreza física y, lamentablemente, también la moral fue el legado para muchos, que tenían que convivir con ello.

Las vivencias propias de la guerra eran las de mis padres, las de mi familia que, al relatarlas entre ellos y escucharlas yo, las hice mías.

Se hablaba de los seres queridos, como mi tío Laureano, parientes y amigos que habían perdido la vida en las trincheras, muriendo sin saber bien por qué, sin ser vencedores ni vencidos, solamente víctimas largamente lloradas por los suyos. Se hablaba de los bombardeos, de las sirenas que antecedian a ellos y que hacían correr a la gente, aterrada, hacia el refugio más cercano. También había quien, por circunstancias personales o bien paralizados por el pánico, se quedaban en sus casas, con los dientes apretados y la boca seca. Había tristes anécdotas sobre esa espera angustiada...

Mis recuerdos de niña son varios. El estraperlo (ganancias para unos a costa de la miseria de muchos); el racionamiento (hasta el pan estaba racionado); restricciones eléctricas que te obligaban a estudiar bajo la luz de carburo que, además, olía mal; el brasero (a veces no había dinero para comprar la carbonilla), alrededor del cual nos apiñábamos todos, ya que el frío, al no estar las casas en condiciones, se dejaba sentir de verdad. También recuerdo que, cuando los mayores hablaban de política, debía hacerse en voz baja, y las emisoras de radio extranjeras se escuchaban en tono muy bajo igualmente. Eso de la no libertad de expresión tardé mucho en comprenderlo.

Mi padre, Alfonso Arias, hombre culto a pesar de ser un brillante boxeador (entonces se asociaba el pugilismo a los más bajos niveles), vio truncada su carrera deportiva por el franquismo y sufrió, digamos, sus "rigores". Es curioso que no le recuerde nunca hablando de odio, sino de justicia, y conste que yo mantenía con él largas conversaciones a partir de los catorce o quince años.



Mi madre, por lo dicho anteriormente de mi padre, sufrió sobresaltos muy dolorosos pero, en compensación para ella y para él, estaban muy unidos y les recuerdo siempre como una pareja enamorada. Es un bello recuerdo para mi hermana Maite y para mí.

Un recuerdo más prosaico, pero que tengo muy presente, es el de ver como mi madre hacía una gran tortilla de patatas para seis que éramos en casa, con un par de patatas, y dos huevos (si habían dos o si no, uno), un sobre con harina preparada que se llamaba algo así como “tío Nelo”, agua, sal y un poco de aceite. Me gustaba ver lo aprisa que cocinaba. Era una buena cena entonces y, después, para mi hermana y para mí, malta con un poco de leche y pan migado. Los mayores generalmente comían una cosa u otra, pero no las dos. A mí me parecía mágica aquella tortilla. Creo que quienes eren verdaderamente mágicas eran las madres de la posguerra.

F I N

Àngels Arias.